

»segundo no es descabellado, por que la naturaleza de  
 »las cosas lo traerá consigo, y la diferencia no con-  
 »sistirá sino en años ántes ó después. Si fuera portu-  
 »gués, aceptaria el cambio, porque allá gran señor y  
 »sin los riesgos de lo de acá, tambien un dia ú otro  
 »seria mas sólido y grande que el rincón de la Lusi-  
 »tania; y siendo lo que soy, buen vasallo de la coro-  
 »na, prefiero y preferiré el reunir el Portugal, aunque  
 »parece que se les daría un gran mundo.»

A estos párrafos de la carta del conde embajador  
 contestaba el ministro Floridablanca <sup>(1)</sup>: «El remedio  
 »de la América por los medios que V. E. dice sueña  
 »es más para deseado que para conseguido. Por mas  
 »que chillen los indios y los que han estado allá,  
 »crea V. E. que nuestras Indias están mejor ahora  
 »que nunca, y que sus grandes desórdenes son tan  
 »añejos, arraigados y universales, que no pueden  
 »evitarse en un siglo de buen gobierno, ni la gran  
 »distancia permitirá jamás el remedio radical. La es-  
 »pecie del cambio es graciosa. ¡*Utinam!*» Como se vé,  
 lo del cambio lo consideraba ventajoso, pero le pare-  
 cia irrealizable.

Así pensaban entonces acerca del presente y del  
 porvenir de nuestra América aquellos dos insignes  
 hombres de Estado.

(1) Desde el Pardo, á 6 de abril de 1786.

### III.

Si otras potencias hubieran seguido los sentimien-  
 tos y la política de Carlos III. respecto á la desmem-  
 bración de la desgraciada Polonia, es mas que proba-  
 ble que no se hubiera consumado aquel infuero repar-  
 timiento, y las tres naciones que se la adjudicaron  
 fueran hoy menos poderosas, y serian otras las bases  
 del equilibrio europeo, y diferente acaso tambien la fi-  
 sonomía política que desde entonces han venido pre-  
 sentando los Estados del Norte y del Mediodía y del  
 Occidente de Europa.

No encontramos igual motivo de aplauso en su  
 resolución de la reconquista de Argél; y no porque no  
 obrara impulsado de un laudable propósito, de un fin  
 justo, de un sentimiento nacional, religioso y huma-  
 nitario, aparte de la mira política, sino porque al ca-  
 bo, por primera y única vez vemos al cumplidor es-  
 crupuloso de los pactos abandonar la actitud que le  
 prescribía una estipulación reciente. La empresa fué  
 desastrosa por mal dirigida. Pendía del secreto como  
 la de Menorca, pero O'Reilly distaba mucho de ser un  
 Crillon, y el ejemplo de éste no bastó á hacer cauto á  
 aquél. España perdió una armada y un ejército; O'Rei-

lly su reputacion de general; el ministro Grimaldi la poca consideracion que ya le tenia el pueblo, y á pesar del favor del rey la malhadada expedicion le colocó en una pendiente en que se hizo ya inevitable su caída. Desde los tiempos de Carlos V. y de Felipe II. era constantemente desastroso y funesto todo lo que se emprendia contra una potencia europea y contra una regencia africana, Inglaterra y Argél. Parecian estos dos puntos de fatídico agüero para España. ¡Cuántos hombres y cuántas naves españolas han quedado sepultadas en aquellas costas y en aquellos mares!

Y sin embargo estamos lejos de calificar, como lo hace un ilustrado historiador extranjero (1), de lastimosa manía y aberracion el deseo de nuestros monarcas de dominar en el litoral africano, y la aspiracion de Carlos III. á adquirir otro punto de apoyo en la costa de Berbería, teniendo por mucho mas útil que las sumas gastadas en aquellas expediciones y en aquellos presidios se hubieran destinado al sostenimiento de fuerzas marítimas en el Estrecho para proteger el comercio contra los berberiscos. En otra parte hemos consignado ya nuestros principios sobre esta materia, del todo opuestos á los del historiador citado. «¡Ojalá (deciamos hablando de la recuperacion de Orán por Felipe V.), ojalá se hubiera emprendido la reconquista de Argél!» Y como no somos empíricos, ni juzgamos

(1) Coxe, Parte Adicional, cap. 3.º

de la bondad de los principios por el resultado eventual y fortuito de los sucesos, el éxito desgraciado de una expedicion malograda por causas conocidas y que pudieron remediarse no ha de impedirnos repetir aqui lo que dijimos entonces: «Se han gastado constantemente las fuerzas de España en conquistas europeas á que nuestra posicion excéntrica no nos llamaba, y se ha desatendido la parte del mundo á que nos convidaban nuestra situacion, nuestra fé y nuestras tradiciones. La enseña de Cisneros (que nos señalaba la costa africana como un vasto teatro que se abria á nuestras glorias) no ha sido seguida; la política se ha invertido: se ha dado lugar «á que una nacion vecina, sin los títulos, y sin la base, y sin los elementos que la española, haya buscado y encontrado su engrandecimiento donde nosotros pudimos y debimos tener nuestra grandeza (2).»

Tanto envalentonó aquella malograda empresa á los argelinos, que cuando la política aconsejó á Carlos III. ponerse bien con las regencias berberiscas, halló en la de Argél una resistencia tan tenaz, que ni las proposiciones del gobierno español, ni el ejemplo de la Sublime Puerta que acababa de ajustar un tratado de paz, amistad y comercio con el rey católico, ni los consejos y las excitaciones del Gran Sultán bastaron á domar la soberbia de aquella potencia corsaria;

(1) Parte III. lib. VII. de nuestra Historia.

y fué menester un bloqueo sistemático y un bombardeo periódico de tres años para hacer doblar la cerviz á aquella madriguera de piratas, y obligarla á aceptar, aun de mal grado, un convenio que pusiera el comercio español al abrigo de las insolencias de aquellos salteadores de los mares. Trípoli y Tunez se prestaron con menos obstinacion y pusieron menos repugnancia; las negociaciones fueron bien conducidas; y merced á esta prudente y hábil política, la bandera mercante española tremoló con una seguridad, en siglos no alcanzada, de uno á otro extremo del Mediterráneo, cesó la esclavitud de millares de familias que costaban muchas lágrimas y muchas sumas de oro, aumentóse la contratacion, creció la marina, y se pobló y cultivó una estension inmensa de nuestro litoral, ántes inculto y desierto por inseguro.

Inconveniente y errada fué en un principio la política de Carlos para con el vecino reino de Portugal, tanto como la hallamos acertada y discreta después. Algo dijimos ya de la invasion del reino lusitano, una de las primeras consecuencias del Pacto de familia; los fáciles é infructuosos triunfos allí conseguidos no podian menos de renovar antiguos odios, que hubiera convenido más estinguir, entre dos pueblos que debian por mútua conveniencia ser siempre hermanos y amigos. Manténase viva aquella rivalidad con la perenne contienda, origen de tantas guerras, y en que se consumieron tan crecidas sumas, sobre la posesion de la

colonia del Sacramento, á que se dió una inmerecida y excesiva importancia. Fué necesario que cayéra el ministro portugués Pombal y que se pusiera á la cabeza del gobierno español el hábil Floridablanca, para que se diera un rumbo mas conveniente á las relaciones entre las dos naciones vecinas. El tratado de límites de 1777 fué un acto que dió alta idea del talento político de don José Moñino, y un acontecimiento feliz, como término de antiguas desavenencias y luchas, y como base de la estrecha alianza que le subsiguio en 1778. Dobles enlaces entre príncipes y princesas de las dos familias reinantes acabaron de estrechar después aquella alianza; que si bien fué tambien de familia, cuando en estos pactos no entra como elemento esclusivo la razon de deudo, sino que concurren en acorde consonancia la razon de Estado, el afecto de la sangre, la conveniencia política, la justa proteccion de una parte y la gratitud de otra, que fué el caso de Carlos III. de España con su sobrina, la reina de Portugal después de la muerte de José I., entonces estos pactos, lejos de encerrar un germen de funestas derivaciones, le llevan de mútuas, legítimas y saludables consecuencias.

Alternativamente ventajosos y funestos los pactos, alianzas y confederaciones de Carlos III. con otras potencias en los dos primeros tercios de su reinado; alternativamente cuerda y desacertada su política en sus relaciones exteriores y en sus empresas en el antiguo y en el nuevo mundo; alternativamente propicios y

adversos los sucesos militares, las expediciones marítimas, y los resultados de las guerras y de las paces, pero haciendo siempre gran figura en su tiempo la nacion española en la próspera como en la contraria fortuna, creemos que el rumbo que en el último tercio del reinado supo dar á la política exterior puede y debe satisfacer cumplidamente al español mas amante del buen nombre de sus monarcas y de la dignidad y de la gloria nacional. Si siempre es noble y digna la actitud de un soberano que se constituye en reconciliador de otros soberanos y en pacificador de naciones, es doblemente honrosa y lisonjera cuando su voz es escuchada, respetado su nombre, poderoso su influjo, y eficaz su intervencion. Grandes títulos habia adquirido sin duda Carlos al respeto y consideracion de otras potencias, cuando su mediacion bastó á reconciliar por dos veces á Portugal con Francia, cuando logró evitar un nuevo rompimiento entre Francia é Inglaterra, cuando con sus prudentes exhortaciones llegó á alcanzar que estas dos potencias que parecian irreconciliables se entendieran hasta el punto de firmar un convenio obligándose á no intervenir con la fuerza en los negocios de Holanda, y cuando en el arreglo definitivo entre las córtes de Madrid y Lóndres de los puntos que habian quedado pendientes en el tratado de paz, obtuvo de la Gran Bretaña concesiones que eran para ella verdaderos sacrificios, aun á costa de excitar murmuraciones en el pueblo y en el parlamento.

No puede leerse sin respetuosa admiracion el cuadro en que se desenvuelve el sistema general de política exterior de Carlos III., tal como se contiene en la última parte de la célebre Instruccion reservada para la Junta de Estado. Hay que retroceder mas de dos siglos para encontrar otro documento de la misma índole con que poder cotejarle, que es la Instruccion de Carlos V. á su hijo Felipe II. al hacer en él la abdicacion de sus vastísimos dominios; pero aventaja sin duda en mérito la del tercer Carlos de Borbon á la del primer Carlos de Austria. Aunque la supongamos obra de su primer ministro, el rey la hizo suya aceptándola, y no la aceptó sin exámen, sino despues de largas conferencias y de muy detenida meditacion. No se sabe qué admirar más, si el profundo conocimiento que el soberano y el ministro mostraban tener de la situacion, de los intereses, de las pretensiones y designios de todas y cada una de las potencias y estados del mundo, si la circunspeccion y cordura con que sobre este conocimiento acordaron conducirse y manejarse con las córtes estrangeras, influyendo en todas las cuestiones europeas, y haciendo pesar en la balanza del mundo la política española, en el sentido más favorable á la paz de los pueblos, y sin ligar ni comprometer los intereses, ni el porvenir y la suerte de España á los de otra potencia alguna, ni por amiga ni por poderosa que fuese.

En las grandes perturbaciones que de nuevo ame-

nazaban á Europa, Carlos III., sin consentir que se lastimase ni rebajase en nada la importancia y el poder de las naciones borbónicas, supo tambien conservar la independencia y la dignidad de su reino, negándose á formar parte de la cuádruple alianza que se proyectaba entre las dos córtes imperiales, Francia y España, sin dejarse seducir por las escitaciones ni deslumbrar por los ofrecimientos, y sin ofender á los que le buscaban ni dar recelos á los que le temian. Las lecciones de lo pasado le habian hecho cauto y prevenido, y aunque algo mas tarde de lo que fuera de desear, todavía comprendió á tiempo de evitar grandes males y de hacer no pocos bienes lo que debió haber sido siempre el Pacto de Familia. Asombra el esacto conocimiento que manifestaba tener de la índole y carácter de la política inglesa, de las miras y aspiraciones de la Francia, de los designios ambiciosos de Rusia sobre Turquía, y su prevision sobre los medios de enfrenar las pretensiones de los imperios del Norte; y aparte de la cuestion de los Estados Unidos de América, en que le encontramos siempre un tanto obcecado, es á nuestro juicio maravilloso el acierto con que discurria acerca del espíritu y tendencias de cada nacion, y de la política que con cada una de ellas convenia seguir á España.

Por último, gloria será siempre, y siempre honrará la memoria de Carlos III. el haber acertado con esta política á colocarse en situacion de ser el único sobe-

rano de Europa á quien todas las naciones volvieron la vista como al solo monarca que podia conjurar las nuevas turbaciones de que se veia amenazada, y el haberlo logrado, siquiera fuese por pocos años, que tampoco alcanzaron á más los de su vida. En el caso de que la Providencia hubiera querido diferir algun tiempo su muerte, no sabemos, ni es facil adivinar cuánto y en qué sentido hubiera podido influir en los grandes acontecimientos que en Francia y en Europa sobrevinieron á poco de descender Carlos III. á la tumba.

#### IV.

Como una de las materias que mas influyeron en el órden político y social fuera y dentro de España, creemos corresponde al método que nos hemos propuesto en nuestras observaciones considerar en este sitio la fisonomía que imprimió al reinado de Carlos III. la doctrina del regalismo que él y sus hombres de Estado profesaban, y el hecho ruidoso de la supresion, en España y en otros Estados de la cristiandad, de un célebre instituto religioso, y de la espulsion y dispersion de sus individuos; puntos que constituyen uno de los caracteres que distinguen más la política del reina-